





LA VENGANZA <sup>DE</sup> LAS  
HERMANASTRAS





# LA VENGANZA <sup>DE</sup> LAS HERMANASTRAS

---

J I M C . H I N E S

Traducción de Ana Bello y Gabriela Rabotnikof

Hines, Jim C.

La venganza de las hermanastras / Jim C. Hines. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.

464 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Ana Bello ; Gabriela Rabotnikof.

ISBN 978-950-02-9988-6

1. Narrativa Infantil y Juvenil Estadounidense. I. Bello, Ana, trad. II. Rabotnikof, Gabriela, trad. III. Título.

CDD 811

*La venganza de las hermanastras*

Título original: *The Stepsister Scheme*

Copyright © 2009 by Jim C. Hines

Traductoras: Ana Bello y Gabriela Rabotnikof

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - [www.editorialelateneo.com.ar](http://www.editorialelateneo.com.ar)

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

1ª edición: mayo de 2017

ISBN 978-950-02-9988-6

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,  
Comandante Spurr 631, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en mayo de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

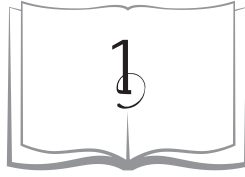
Libro de edición argentina.



*Dedicado a Skylar*







**D**anielle Whiteshore, antes conocida como Danielle de Glas, jamás sería una princesa propiamente dicha. Nunca, de hecho, si ese título le exigía recordar tantos detalles triviales. Todavía no había terminado de aprender la forma correcta de dirigirse a los políticos humanos, y ahora su tutor pretendía que memorizara la *Guía de cortesía de los seres elementales para los mortales. El óctuple camino de la política de los seres elementales...* ¡para el fin de semana!

Es cierto: en gran parte, era culpa de Danielle. Luego de la boda, el mayordomo del rey le había llevado un baúl lleno de pergaminos y libros “para estudiar durante su visita a Lorindar”. Ese baúl había juntado polvo durante tres meses, mientras ella y el príncipe Armand recorrían el reino. Había intentado estudiar, ¡pero tenía tanto por ver! El viejo camino costero a Colwich, con el mar de un lado y robles

cubiertos de nieve del otro; el puente a Emrildale, construido hacía siglos por enanos sin argamasa de ningún tipo: solo el peso de las rocas alternadas mantenía en alto las grandes arcadas.

Con ayuda de Armand, Danielle había aprendido lo suficiente como para evitar pasar vergüenza cuando le presentaban distintos caballeros y damas. Aún no recordaba la diferencia entre un vizconde y un barón, pero mientras sus errores fueran menores, nadie se atrevería a quejarse.

En cuanto a las noches... el calor invadió sus mejillas. Basta decir que había pasado muy poco tiempo estudiando los libros. Los tres días extra que habían pasado encerrados por la nieve en South Haven habían sido particularmente educativos.

Aún sonriendo por el recuerdo, Danielle tomó otro libro de la mesa de luz. Lo abrió en una página al azar y leyó:

*No beba en demasía  
ni vino ni cerveza.  
No se escarbe la nariz  
ni se rasque la cabeza.  
Y así todos dirán:  
“Digna de la realeza”.*

Danielle cerró el libro con violencia y lo lanzó junto al primero. Si esto seguía así por mucho tiempo, estaría lista para volver a limpiar el suelo y cocinar para sus hermanastras. Se puso de pie y se restregó los ojos. Los refinados

azulejos blancos y negros bajo sus pies estaban fríos. La brisa que entraba por la ventana abierta cargaba el gusto húmedo y salado del mar. Danielle frunció el entrecejo. La brisa también tenía un leve aroma a estiércol, de los jardines de abajo.

La joven caminó hasta la ventana y se arrodilló sobre un banco acolchado que había sido bordado con un escudo de armas real, que tenía un unicornio azul y un pájaro verde que parecía un pollo inflado. Danielle abrió la ventana de un empujón y pasó los dedos por el vidrio, apenas sucio por unas manchitas: eran las limaduras de hierro desperdigadas en la mezcla al momento de formarlo. Supuestamente, el cristal de duendecillos protegía cualquier habitación de la magia elemental, pero en realidad el hierro tenía solo efectos sobre los maleficios más débiles. De todas formas, el número de personas que querían esa protección bastaba para mantener a flote el negocio del padre de Danielle por muchos años más.

Danielle sonrió al recordar uno de los últimos trabajos de su padre, una ventana para el duque Rokan de Cerro Bajo. Unas simples limaduras de hierro esparcidas como pimienta en el cristal no eran suficientes para Rokan. Durante dos semanas, el padre de la joven había trabajado para alinear miles de crucecitas de hierro, todas separadas por la misma distancia sobre el vidrio. Y luego, había fundido una segunda capa de vidrio sobre la primera.

Danielle tenía entonces ocho años, pero recordaba con tanta claridad la ventana terminada que casi podía estirar

el brazo y tocarla. El cristal no tenía la mínima burbuja ni ondulación. A simple vista, las cruces parecían flotar en el aire dentro del marco.

El fuerte sonido de un arrullo la hizo sonreír. Al asomarse y girar la cabeza, vio varias palomas y un viejo palomo posados en la canaleta de cobre que recorría todo el perímetro del Castillo de Whiteshore. El palomo bajó aleteando y aterrizó en el alféizar junto al brazo de Danielle, que se rio.

—Discúlpame, pero no tengo nada para darte. Ya se dieron una panzada con las sobras de los pasteles, las galletas y ese trocito de emparedado de mermelada que traje ayer de contrabando. Si los sigo alimentando, te volverás demasiado gordo y no podrás volar.

El palomo abrió la boca y volvió a arrullar, claramente despreocupado por esos detalles.

—¿Su alteza?

Danielle se sobresaltó, y el palomo batió las alas enojado. Una sirvienta estaba en la puerta, con una bandeja de madera en la mano. En el medio había un plato de pan lleno de cerezas y frutillas glaseadas, junto a una copa de bronce.

—Buen día, Talía.

El sol de la mañana brillaba sobre su piel morena. Tenía una voz clara y suave, casi musical. Un muy leve acento, el énfasis en el sonido de algunas consonantes, eran lo único que diferenciaba sus palabras de las de un nativo de la isla. Danielle suponía que venía del desierto árabe al sur, pero Talía nunca había respondido a sus indirectas al respecto.

Danielle todavía no lograba recordar ni a la mitad de los nobles que la visitaban a diario, pero sí sabía el nombre de cada sirviente del palacio. Algunos se sentían incómodos por la confianza de la princesa, mientras que otros habían empezado a relajarse frente a ella. Talía no se ajustaba a ninguna de estas dos categorías. Aunque parecía solo un poco mayor que los dieciocho años de edad de Danielle, había algo en su comportamiento que hacía que la princesa se sintiera como una niña. Talía inclinó ligeramente la cabeza, como una sirvienta hecha y derecha, pero sus ojos oscuros se encontraron con los de Danielle, y allí se fijaron.

—Pensé que le gustaría un tentempié.

Sobre el alféizar, el palomo arrulló y se acercó dando saltitos. Danielle lo miró fijo, fingiendo enojarse.

—¿Tú planeaste esto?

—¿Su alteza? —Talía observó al palomo, azorada frente a una princesa que conversaba con los pájaros.

—Gracias por la comida. Agradezco tu consideración.

Talía asintió y acercó la bandeja al costado de la cama. Con la mano que tenía libre, apiló los libros de Danielle a un lado de la mesa de luz y apoyó la bandeja, todo con tanta delicadeza que casi no se formaron ondas en el vino de la copa. Con ese movimiento, las mangas dejaron al descubierto unas tenues cicatrices a lo largo de su antebrazo derecho. Talía notó la mirada de Danielle, pero no se molestó en acomodarse la camisa. En cambio, fue hacia la cama, estiró las mantas y colocó la *Guía de cortesía de los seres elementales para los mortales* en la pila sobre la mesa.

—No te preocupes por eso —dijo Danielle—. Yo puedo...

—Usted es la princesa de Lorindar, su alteza —la interrumpió Talía—. No es una joven esclava de la ciudad cubierta de cenizas.

Danielle se sonrojó y miró hacia otro lado. Todos en el palacio conocían su pasado, aunque nadie hablara de eso frente a ella. A pocos días del baile de invierno, habían corrido rumores por la ciudad, que se fueron volviendo más salvajes a medida que se contaban: ella se había escabullido de su casa para asistir al baile; ¿había robado un carruaje?; no, había viajado en una calabaza encantada, ¡tirada por ratones gigantes! Danielle casi se había ahogado al oír esa última versión.

La princesa tomó el pan y arrancó un trocito de corteza, que lanzó por la ventana. El palomo aleteó para atraparlo antes de que llegara al suelo. Con pan colgando del pico, voló hacia arriba hasta posarse sobre un tapiz a la izquierda de la ventana. Varias migas cayeron delante del viejo bordado, que era una representación desteñida de la Guerra de Verano. Las minúsculas puntadas mostraban a las hadas con sus sirvientes encantados de pie al borde de una gran grieta, mientras que caballeros con armadura y hechiceros humanos los hacían retroceder. Una vieja mancha de vino hacía que la pelea entre la caballería humana y un par de grifos pareciera aún más sangrienta. Danielle deslizó un dedo sobre ella. Un poco de vino blanco serviría para aclarar el vino tinto, y así la mancha sería mucho menos visible. Se dio vuelta para pedir una botella de vino blanco, pero se

mordió el labio. Talía tenía razón. Ya no era una sirvienta, pero era difícil romper con los viejos hábitos.

—Los pájaros... ¿Usted los entrena? —preguntó Talía.

—No exactamente. —Danielle tomó otro trozo de pan para el palomo, mientras se preguntaba cómo podría explicarlo sin que otra sirvienta quedara convencida de que la nueva princesa estaba loca. Era la primera vez que Talía le hablaba fuera de los requerimientos de sus obligaciones—. Tú sueles atender a la reina.

Talía inclinó brevemente la cabeza, mientras enderezaba los candelabros amurados a cada lado de la ventana. Eran de roble tallado a mano, con forma de dragón. La cola del dragón sostenía las velas y un espejo atrapado en sus garras reflejaba la luz hacia la habitación.

—¿Tienes familia aquí en el palacio? —preguntó Danielle.

—No.

El silencio creció entre ellas, hasta que un grito desde el pasillo hizo que la princesa se sobresaltara.

—¡Quiero ver a mi hermanastra ya mismo!

La garganta de Danielle se cerró cuando Charlotte irrumpió en su habitación, escoltada por dos guardias. Habían pasado casi cuatro meses desde la boda y ver a su hermanastra mayor todavía era casi suficiente para hacerla inclinar la cabeza. Casi.

—Pueden retirarse —indicó Danielle a los guardias. Dudaron, luego hicieron una reverencia y se retiraron.

—¿Está segura, su alteza? —preguntó Talía.

—Sigue siendo mi hermana.

Danielle se obligó a ver la mirada de enojo de Charlotte. Unas costras pequeñas, ya casi curadas, manchaban sus hermosas mejillas de porcelana. Charlotte era más alta que Danielle, con extremidades elegantes y delgadas. Vestía una pesada capa azul con una guarda dorada, que acentuaba sus rizos marrones. Tenía lazos dorados y plateados trenzados en el cabello.

Los músculos del cuello de Charlotte se tensaron al analizar a Danielle en detalle, mientras asimilaba el vestido verde esmeralda, el accesorio plateado en el cabello y el brazalete rubí que una de sus damas de compañía había insistido en que usara porque le resaltaba los ojos. Danielle luchó por no moverse nerviosamente. Todavía se sentía incómoda con los lujos de la vida en el palacio, pero no estaba dispuesta a dejar que Charlotte notara esa incomodidad.

Esta no era la primera vez que su hermanastra visitaba el palacio y usaba su relación con la princesa para intentar congraciarse con diversos nobles. Sin embargo, nunca había entrado en su habitación.

El paso de los meses no había sido amable con la hermanastra de Danielle. Su madre la había preparado para una vida llena de lujos, y eso la volvió desgraciadamente inútil para ocuparse del hogar que alguna vez perteneció al padre de Danielle. La cara de Charlotte parecía más pálida de lo que Danielle recordaba, y sus ojos se veían oscuros e inyectados de sangre.

Talía rodeó la cama y se ubicó entre Danielle y Charlotte.



—¿Quisiera la dama algo para beber o comer? —preguntó.

—¡No vine a cenar! —gritó Charlotte—. Vine para... —Su voz se convirtió en un chirrido al ver al palomo posado sobre el tapiz. Retrocedió hasta toparse contra la puerta, sin sacar la mirada atónita del ave—. ¡Saquen a esa bestia repugnante de mi vista de inmediato!

El palomo infló las plumas, batió las alas y dejó caer lo que le quedaba de corteza de pan al suelo. Charlotte gritó y levantó las manos para protegerse la cara, tal como había hecho en la boda de Danielle.

Danielle se encogió de miedo por ese recuerdo. Recordaba la mirada llena de odio de sus hermanastras, y el gesto frío y calculador en los ojos de su madrastra al ver cómo ella y su nuevo esposo atravesaban la multitud de personas que se habían reunido para desearles lo mejor. Danielle había tomado con fuerza el brazo de Armand, mientras se repetía una y otra vez que no iba a dejar que arruinaran ese día. Era su día, de ella y de Armand. ¡Finalmente era libre! A pesar de todo, sus ojos habían comenzado a lagrimear. Su madre tendría que haber estado allí, no su madrastra, y también su padre, no Charlotte ni Stacia.

—No va a durar —había dicho su madrastra, lo suficientemente fuerte para que Danielle la oyera—. Como si el príncipe pudiera ser feliz con una muchacha tan ordinaria.

Charlotte y Stacia se habían reído, al igual que algunas personas de la multitud. El brazo del príncipe se tensó, pero antes de que pudiera hablar, un grupo de palomas

bajaron en picada, batiendo las alas, y rasguñaron y picotearon a la madrastra de Danielle. Las hermanastras gritaron. Stacia intentó apalear las aves con las manos, pero sus esfuerzos solo desplazaron el ataque a Charlotte y a ella. Recién cuando Danielle rogó a las palomas que se detuvieran, estas se alejaron, y dejaron a la madrastra ciega y ensangrentada.

Dados los sucesos de ese día, Danielle entendía la reacción de Charlotte.

—Vete —le ordenó al palomo—. Voy a guardar algo de comida para ti y tus amigos.

Obedientemente, el ave alzó vuelo y salió por la ventana. Charlotte se abrió paso detrás de Danielle y cerró las ventanas con tanta fuerza que uno de los cristales se rajó. Le temblaban las manos mientras ajustaba el pestillo.

—No iban a lastimarte —dijo Danielle.

Charlotte se dio vuelta y, señalando las costras que tenía en el rostro, dijo:

—Tus asquerosos pájaros me desfiguraron de por vida. Asesinaron a mi madre. Me habrían matado a mí también si no nos hubiéramos defendido.

—Ellos no...

—¡Cállate! —Charlotte se ajustó la capa más fuerte, como una niña que intenta protegerse del frío—. La dejaron ciega. Estuvo en cama siete días mientras las heridas se propagaban por su sangre. —Se rio, con un sonido muy agudo que bordeaba la locura—. Se supone que soltar palomas en un casamiento es un signo de prosperidad. Dime,

princesa, ¿cuál es el presagio cuando las palomas intentan comerse a los invitados?

—Estaban confundidas y asustadas.

—Nos atacaron en bandada. —Charlotte tomó la copa de vino que Talía había llevado y la vació de un trago—. Nadie más sufrió ni siquiera un rasguño.

Danielle negó con la cabeza. Estaba segura de que no había ordenado a las aves que atacaran a su madrastra y hermanastras. Jamás, en todos los años desde la muerte de su padre, había devuelto un ataque al ser atormentada. Cualquiera hubiera sido la casualidad que hizo que las aves atacaran, Danielle estaba convencida de que ella no lo había iniciado; bueno, casi convencida, en realidad.

Charlotte lanzó la copa al suelo y miró fijamente a Talía.

—¿Acaso no tienes nada mejor que hacer? Quiero hablar con mi hermanastra sobre mi herencia y no quiero que haya una sirvienta aquí dando vueltas, como un perro que roba sobras de la mesa del amo.

Charlotte solía hablarle a Danielle con ese mismo tono despectivo, pero ella jamás había enfrentado su mirada desdeñosa con una sonrisa así de fría y tensa. Talía se agachó para recoger la copa, y con el dobladillo del delantal absorbió el vino derramado. Jamás dejó de mirar a Charlotte.

—Me complacería acompañarla a la oficina del canciller —dijo Talía—. El padre Isaac es un gran conocedor de estos asuntos y él...

—Ya veo —la interrumpió Charlotte—. Ahora que te has casado con la realeza, esperas usar a tus nuevos amigos

para amedrentarnos, a mí y a mi hermana, para robarnos todo lo que nos queda.

—Eso es absurdo —se enojó Danielle—. Gracias, Talía. Te llamaré si necesitamos algo más.

Talía dudó y luego giró para retirarse. En cuanto se cerró la puerta, Charlotte abordó a Danielle.

—Asesinaste a mi madre, su alteza. —Todavía se movía con una leve cojera, cortesía de aquella noche en que el príncipe Armand había ido a su casa con el zapato perdido de Danielle.

—¿Para eso has venido? ¿Para lanzar tu dolor y enojo a mis pies tal como lo hacías con la ropa sucia? Siento lo de tu madre, Charlotte. Les pedí al rey y a la reina que enviaran sanadores, pero...

—¡Mi hermana y yo no queremos nada de ti! —gritó Charlotte, acercándose tanto que escupió un poco la cara de Danielle. Por el olor, había bebido mucho más que una copa de vino ese día—. A menos que tengas el poder de resucitar a los muertos.

Danielle dio un discreto paso hacia atrás.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? Tu madre les dejó todo a ti y a Stacia. La casa de mi padre, el jardín de mi madre; todo les pertenece ahora. ¿Qué más quieren de mí?

Charlotte sonrió. Con la mano que tenía libre, desabrochó el broche de bronce que tenía en el cuello y la capa se deslizó al suelo. Debajo, llevaba puesta ropa de campesino: una camisa de lino holgada y una falda marrón áspera. Normalmente, habría tenido hilos de oro o joyas

adornando ese largo cuello. Hoy solo llevaba una piedra azul lisa enhebrada en un collar de cuero. Un largo cuchillo de caza colgaba de un cinto de sogá. No llevaba nada en los pies, salvo un vendaje sucio en el pie derecho. Su propia madre le había cortado parte del talón en un desesperado intento para que el pie cupiera en el zapato que Danielle había abandonado.

—Estoy aquí para hacer lo que mi madre debería haber hecho —susurró Charlotte. Con los ojos bien abiertos, desenfundó el cuchillo.

Danielle retrocedió hacia la pared. El cuchillo no era suficiente para asustarla. Eran incontables las veces en que Charlotte había amenazado con arrojarla a la chimenea o enterrarla en el jardín o arrastrarla hasta los canales y ahogarla como a un gatito abandonado. Pero esa ropa... Charlotte habría preferido morir a ser vista vestida con ropa tan humilde. Siempre había sido la muñeca coqueta de mamá, con los vestidos más lujosos y las joyas más costosas, aun cuando Danielle pasaba frío usando harapos cubiertos de ceniza.

—¿Te gusta? —preguntó, acariciando el collar. Hizo un ademán con la mano hacia la puerta y el pestillo de hierro se deslizó hasta cerrarse.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó Danielle.

En la hoja del cuchillo se reflejaba un rayo de sol a medida que Charlotte se acercaba.

—¿Crees que eres la única con secretos? Sé todo acerca de ti, pequeña Servicianta: cómo tu madre muerta hechizó

al príncipe y lo obligó a elegirte en lugar de a mí, cómo te bañó en oro y plata para el baile, cómo te ayudó a marcar todo mi rostro y a asesinar a mi madre.

Danielle llegó hasta la mesa de luz. Sin quitarle los ojos de encima a Charlotte, estiró el brazo hasta que los dedos rozaron el borde de la bandeja que Talía había dejado.

—Intenté ayudarlas, a ti y a Stacia. Armand las quería presas por sus engaños, pero yo intercedí por ustedes ante él. Yo permití que el testamento de tu madre permaneciera sin impugnaciones, en lugar de pelearme con ustedes por la casa de mi padre. Les di la oportunidad de empezar su propia vida.

—La vida que quería, la vida que me habían prometido, es la que tú me quitaste. Deberías agradecerme, princesita. Muy pronto estarás con tu amada madre.

—¡Por lo menos estaré a salvo de la tuya! —gritó Danielle.

Charlotte abrió los ojos bien grandes. Danielle movió la bandeja con ambas manos, desparramando las sobras de comida por toda la habitación. Como arma, la tabla de madera era lenta y difícil de usar. Charlotte giró y recibió el golpe en el hombro izquierdo. Tomó el otro lado de la bandeja y lanzó una cuchillada al brazo de Danielle, que soltó la bandeja. El cuchillo falló y Charlotte trastabilló hacia atrás. Lanzó la bandeja al suelo y volvió a avanzar.

—Amigos, ayúdenme —susurró Danielle. Levantó el *Libro de modales de la nobleza* y lo sostuvo delante de su cuerpo. No era un escudo, pero dada la verborragia del autor, el libro seguramente serviría para detener un cuchillo.

Charlotte embistió: el acero apenas penetró la gruesa tapa, pero la fuerza del golpe fue suficiente para derribar a Danielle sobre el escritorio. Otros libros retumbaron al caer al suelo. El tintero se cayó y estalló en pedazos. Quizás era una locura, pero mientras Charlotte le arrancaba el libro de la mano, Danielle solo podía pensar en lo difícil que sería limpiar la tinta del mosaico.

El marco de la puerta de la habitación se sacudió, pero no había manera de destrabar el pestillo desde afuera.

Charlotte intentó llegar a la garganta de Danielle, y la ventana explotó hacia adentro. Unas esquirlas de vidrio tintinaron en el suelo cuando el viejo palomo entró con un par de palomas en la habitación. Charlotte gritó y se dio vuelta, moviendo el cuchillo salvajemente. Danielle rasgó una de las almohadas de la cama y la revoleó contra el brazo de Charlotte para atrapar el cuchillo. Cuando Charlotte se dio vuelta, Danielle le pegó un puñetazo en la nariz. Aprovechó que su hermanastra trastabillara para tomar un taburete y levantarlo sobre su cabeza. Antes de que pudiera darle un golpe, Charlotte se tocó el collar y gritó:

—¡No!

El taburete explotó en pedazos. Alrededor de Danielle llovieron fragmentos de madera carbonizada y astillas. Charlotte pestañeó, mostrándose casi tan sorprendida como Danielle. Una paloma tironeó de su cabello y otra le picoteó la oreja, pero Charlotte movió el cuchillo de un lado a otro tan frenéticamente que las obligó a retroceder.

Danielle saltó hacia la cama, pero uno de sus pies patinó con los libros y cayó con fuerza. Rodó para alejarse de Charlotte y sintió vidrios rotos y madera contra la espalda. Una de las palomas se abalanzó sobre la cara de Charlotte, pero un golpe fortuito con el cuchillo la lanzó contra la cama, con sangre goteando de una de sus alas.

—Suelta el cuchillo. —La voz de Talía era fría y firme, sorprendentemente imperativa para un sirviente. Estaba en la puerta, sosteniendo una de las enormes ballestas que normalmente llevaban los guardias del palacio. Hecha de madera negra lustrada con guardas de bronce brillante, debería haber sido más que suficiente para obligar a cualquiera a obedecer. Danielle no tenía idea de cómo Talía había atravesado la puerta, pero había elegido el momento más oportuno.

—¡Espera! —chilló Charlotte.

—No. —Talía activó el gatillo y una flecha con punta de acero atravesó el aire.

En ese instante, el palomo se tambaleó hacia Charlotte, como si una mano invisible lo hubiera golpeado de costado, y recibió la flecha en el pecho. Se estrelló contra Charlotte, le manchó con sangre la camisa y luego cayó al suelo. Sus patas diminutas se retorcieron lentamente.

Talía no dudó. Arrojó la ballesta hacia la cara de Charlotte y deslizó un dedo del pie debajo de la bandeja que Danielle había arrojado. Con un movimiento rápido, acercó el borde de la bandeja a su mano. Giró, moviéndose como una bailarina, y lanzó la bandeja contra el



antebrazo de Charlotte. El cuchillo cayó estrepitosamente, y Talía atravesó la habitación en tres zancadas.

—Quédese agachada, princesa.

Charlotte retrocedió hasta la ventana rota, cerró los ojos y movió los labios como si rezara. Un instante más tarde, el marco de la ventana se quebró y se desmoronó hacia afuera, y así se llevó lo que quedaba del vidrio. Charlotte fue más rápida que Talía y se lanzó por la abertura antes de que pudiera atraparla.

—Maldición. —Talía se alejó de la ventana—. Ni siquiera se torció un tobillo.

Danielle observaba al palomo, que yacía en un charco de sangre. La punta de la flecha le sobresalía del lomo y lo mantenía inclinado. Danielle peinó con un dedo las plumas blancas y suaves de su cabeza, mientras contenía las lágrimas.

Una de las palomas también estaba lastimada. Arrastraba el ala por el suelo mientras se acercaba. Danielle la alzó suavemente en sus manos.

—Todavía sangra.

A mitad de camino de la puerta, Talía se detuvo a mirar.

—Es una paloma.

—Me salvaron la vida.

Talía movió la cabeza de un lado a otro.

—No: yo le salvé la vida. Ellos distrajeron a su hermana el tiempo suficiente como para que yo llegara.

Danielle miró la puerta abierta.

—¿Cómo hiciste para...?

—Ahora no hay tiempo de explicarlo. Quédese aquí con sus aves, princesa. Los guardias llegarán muy pronto —terminó, y dio un portazo al salir de la habitación.

Danielle se esforzó por no temblar al ponerse de pie y se asomó por la ventana. Abajo, a la distancia, Charlotte corría por el patio. Había saltado desde un tercer piso por la ventana de Danielle, pero corría tan solo con una leve cojera.

Danielle estudió el ala de la paloma. El sangrado no parecía grave, pero aun así debió contenerse para no salir a buscar al médico del rey para que la ayudara. En lugar de eso, la apoyó cuidadosamente en el medio de la cama. Durante la mayor parte de su vida, sus hermanastras y su madrastra la habían tenido encerrada. No iba a permitir que Charlotte la mantuviera encerrada ahora.

—Gracias, amiga mía —susurró—. Volveré apenas pueda. —Se limpió el rostro y salió por la puerta corriendo tras Talía.

Unos rayos de sol iluminaban el pasillo mientras Danielle corría hacia las escaleras. Sorprendidos, los guardias le abrían paso. Uno de ellos la llamó, pero ella lo ignoró. Más adelante, Talía ya había desaparecido por las escaleras. Danielle tomó los pliegues de su vestido con la mano que tenía libre para correr más rápido. Cuando llegó al patio, el corazón le martillaba el pecho y ya había comenzado a sudar. De pronto, Talía se dio vuelta.

—Le dije que esperara, princesa —refunfuñó, en un tono con el que nadie se había atrevido a hablarle a Danielle desde la boda.

—Es mi hermanastra. Ve y explícales a los guardias lo que ha sucedido.

Ahora corrían juntas.

—Envié a los guardias para que la vigilaran a usted, pero claramente no lo hicieron.

Ninguna de las dos bajó la velocidad. Danielle podía ver cómo Charlotte se subía al techo de la capilla. No tenía idea de cómo había trepado los muros de piedra; probablemente, del mismo modo en que había sobrevivido a la caída desde su habitación.

Talía se adelantó a Danielle, corriendo a toda velocidad por el jardín, y se agachó una o dos veces para arrancar algo de la tierra y recibir insultos de uno de los jardineros. Danielle hacía su mayor esfuerzo para mantenerse cerca.

El sol iluminaba la silueta de Charlotte a medida que trepaba al pico más alto del techo de la capilla. Con los brazos abiertos para mantener el equilibrio, Charlotte caminó hacia el campanario. A esta altura, varias personas habían notado lo que ocurría y hacían comentarios por lo bajo. Dos guardias corrían desde la torre noroeste.

En la punta del campanario se erguía una cruz de madera decorada con plata. El metal incrustado aún brillaba, a pesar de tener casi veinte años. Charlotte estiró una mano hacia la cruz. Danielle no estaba segura de qué era lo que su hermanastra esperaba lograr. Si conseguía trepar, podría saltar hacia el muro norte del castillo, pero los guardias ya estaban cerca, así que quedaría atrapada.

Talía lanzó un objeto verde y redondo hacia Charlotte. Danielle vio que llevaba otro en la mano izquierda y se dio

cuenta de que se trataba de un tomate inmaduro. El primero dio de lleno en un costado de la cabeza de Charlotte, quien soltó la cruz y agitó los brazos para recuperar el equilibrio.

—¡Charlotte! —gritó Danielle.

La cantería almenada se elevaba a la altura de los hombros a ambos lados de la pasarela sobre el muro, lo que dificultaba aún más el salto. Charlotte comenzó a caer y luego fue como si el aire se juntara para levantarla. El viento le azotaba el cabello mientras ella aterrizaba prolijamente en uno de los espacios entre las rocas. Dio un salto hasta la pasarela y giró de un lado a otro. A los ojos de Danielle, parecía asustada.

—¡Cálmate, niña! —gritó uno de los guardias.

Charlotte se dio vuelta y se asomó a ver el mar. Otro guardia se acercó desde la torre noreste y le dijo:

—Allí no hay otra cosa más que una caída larga y una muerte desagradable sobre las rocas al pie del acantilado, muchachita.

Danielle alcanzó a Talía justo a tiempo para escucharla balbucear:

—Me parece bien.

Talía alzó el segundo tomate.

—Espera. —Con una voz más fuerte, Danielle advirtió—: Charlotte, van a matarte si intentas luchar.

La hermanastra comenzó a reír. Se limpió la cara con la manga y abrió los brazos.

—Déjalos. No importa. Sin tu adorado príncipe, no serás más que una sirvientita sucia.

Danielle se estremeció, y el cabello de la nuca se le erizó al oír esas palabras. Echó un vistazo a Talía, que miraba a Charlotte con la misma intensidad con que un gato se prepara para saltar.

—Ordene que la atrapen con vida —susurró Talía.

—¿Qué?

—Los guardias no aceptarán órdenes de una sirvienta. No permita que se escape.

—No tiene adónde... —Danielle se fue quedando en silencio al recordar el salto de Charlotte desde la ventana y cómo prácticamente había volado desde el techo de la capilla hasta la parte más alta del muro. Elevó la voz—: ¡Guardias, necesito a esa mujer con vida!

Uno de los guardias alzó la ballesta, mientras los demás se acercaban. Charlotte sonrió y se tocó el collar con los dedos.

—¡Tengan cuidado! —gritó Danielle. Conocía esa sonrisa—. ¡Esa piedra que tiene en el cuello es mágica!

Talía maldijo y lanzó el último tomate que tenía. El fruto voló en línea recta y nivelada, alcanzó la oreja de Charlotte y la empujó hacia la parte más alejada del muro. Charlotte chilló de rabia y señaló hacia los guardias que se acercaban. El guardia de la ballesta tropezó. El arma giró en sus manos hasta apuntar hacia Danielle.

Un golpe preciso detrás de las rodillas derribó a Danielle. Un instante después, el pie de Talía le pegó en el hombro y la aplastó contra la tierra. La flecha de la ballesta impactó en el suelo justo donde Danielle había estado. La princesa miró

hacia arriba y apenas pudo ver a Charlotte, que trepaba por el borde exterior del muro. Los guardias corrieron hacia ella. Uno casi logró tomarla del brazo, pero Charlotte saltó.

Danielle se puso de pie y corrió hacia la escalera más cercana; quería vomitar, pero se obligó a seguir adelante. Subió por la torre y atravesó la habitación de los guardias. Mientras trepaba el muro, el viento húmedo y salado la hizo tambalear. Los guardias se amontonaron alrededor del punto desde donde Charlotte había saltado; todos, menos el que había disparado su ballesta contra Danielle, que todavía tenía los ojos clavados en el arma, con el barbudo rostro pálido. Se incorporó de repente al ver a Danielle.

—Su alteza, yo... —Parpadeó y luego arrojó la ballesta lejos, como si tocarla le quemara las manos—. Lo siento. No quise...

—Lo sé —lo tranquilizó Danielle.

Otro de los guardias se movió para bloquearle el paso.

—No debería estar aquí arriba, su alteza. Un paso en falso y...

Ella siguió caminando. El guardia se hizo a un lado a último momento, tan cerca que ella pudo percibir su sudor y el penetrante metal del casco. La princesa se movió hacia el borde exterior del muro, al lugar del que Charlotte había saltado. Con las manos apoyadas sobre las rocas blancas, se asomó para observar el mar.

Abajo, a una gran distancia, las olas rompían contra las rocas en la base del risco. La neblina brillaba plateada donde se encontraba con el sol.

—¿Dónde está? —preguntó Danielle.

—No lo sabemos —dijo el guardia más cercano, un muchacho no mayor que la princesa, a juzgar por la suavidad de su rostro—. Cuando cayó, la neblina...

—Yo también lo vi —apoyó otro, rascándose una barba incipiente. La pluma blanca en el casco indicaba que se trataba de un sargento—. La niebla se retiró, casi desapareció por completo, y el agua quedó inmóvil, como si fuera hielo. Después, lo juro por mi vida, fue como si la mujer se hubiera encogido y convertido en nada.

—No hubo ningún ¡paf! —aportó un tercer guardia.

—Ustedes dos, bajen a esas rocas y vean si pueden encontrar algún rastro de ella —ordenó el sargento—. Yo iré a reportar lo ocurrido al capitán. No se preocupe, su alteza. Nos encargaremos de esto.

Danielle dudaba que los guardias encontraran algo. A juzgar por la mirada en el rostro del sargento, él también. Charlotte había escapado: se amaba demasiado como para quitarse la vida.

—Bueno, basta de mirar boquiabiertos —reaccionó el sargento—. Alguno de ustedes debe escoltar a la princesa de vuelta a su habitación.

—Yo puedo hacerlo, señor —se ofreció Talía. Danielle ni siquiera la había visto—. Sé que prefiere que todos sus hombres estén en el muro para protegernos en caso de que esa mujer regrese.

El sargento asintió, dio media vuelta y miró hacia el mar. Talía tomó a Danielle del brazo y la llevó hacia la torre.

—Venga, princesa —susurró—. Tenemos que hablar.

Danielle se dejó llevar. Se sentía mareada; su mente estaba entumecida mientras trataba de entender lo que había sucedido. Charlotte había intentado asesinarla. Y Armand...

—¿Qué quiso decir sobre mi esposo?

—Venga —repitió Talía.

Mientras cruzaban el patio apuradas, Danielle miró hacia la cruz de hierro y rezó por Armand.

